

“LA CALIDAD SE CONSTRUYE CON TECNOLOGÍA DE PUNTA Y GENTE MOTIVADA.”

Julio Rodríguez

Los orígenes

Don Julián Rodríguez, mi papá, nació un 9 de julio de 1913 en Sejas de Aliste, una ciudad de la región española de Zamora. Muy chico, quedó huérfano de padre. En 1926, con sólo trece años, se embarcó hacia Buenos Aires, donde ya su madre había emigrado en busca de una vida mejor.

Don Julián cursó la primaria en la Escuela Salesiana de Artes y Oficios León XIII. Gracias a su buen desempeño, pudo continuar sus estudios en la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini, donde tuvo como profesores al Dr. Alfredo Palacios y a Américo Ghioldi.

Poco después de graduarse de la secundaria, la escuela salesiana lo convocó para hacer un reemplazo en el taller. Allí empezó a impregnarse de pasión metalúrgica.

En 1933, mi padre inició una experiencia industrial en el barrio de Belgrano. Dos años después, se mudó a un pequeño taller en la calle Tinogasta. Empezó realizando trabajos menores. El crecimiento llegó durante la Segunda Guerra Mundial, cuando se generaron serios problemas de abastecimiento de componentes metalúrgicos.

En ese entonces, Don Julián vio la oportunidad de fabricar repuestos para ómnibus. Más adelante, se agregaron piezas para ferrocarriles, subterráneos, trolebuses, tractores, y componentes para la industria del petróleo. La empresa, que había alcanzado un tamaño considerable, en 1954 fue rebautizada como Promesa S.A.

La segunda generación

Nací el 27 de mayo de 1940, en un hogar metalúrgico. De chico, ya pasaba mis vacaciones en la fábrica, donde mi padre me ponía a barrer y a ajustar tuercas. A los dieciocho años, empecé a manejar un camión en la forja que Promesa tenía en Ciudadela.



Julio Rodríguez.

Comencé a estudiar Ciencias Económicas en la universidad. Pero abandoné en tercer año. Lo mío no era el estudio, sino la fábrica. Mi hermano Ricardo, en cambio, sí terminó sus estudios en Economía, y entró a la empresa algunos años después.

Los últimos años de la década del '50 fueron los tiempos del despegue de la industria automotriz nacional. Promesa participó activamente en el proceso, como proveedora de todas las grandes terminales que se iban instalando en la Argentina.

Cambios estratégicos

En la década del '70, el fundador comenzó a retirarse de la fábrica, dejándonos las riendas a mi hermano y a mí. En aquellos tiempos, tomamos la decisión estratégica de reducir nuestras ventas a las terminales. Es que las automotrices compran volúmenes enormes, y uno corre el riesgo de volverse demasiado dependiente de ellas.

Comenzamos a desarrollar nuestros propios productos, con una visión global. No fue una decisión sencilla. Y tuvimos que enfrentar la resistencia de nuestro padre, que aún no se había retirado definitivamente. Él no quería resignar las ventas a los clientes tradicionales. Pero finalmente admitió que era lo mejor para el futuro de la compañía.

Abrimos un centro de distribución en los Estados Unidos, y empezamos a producir engranajes para el aftermarket. Al poco tiempo, ya exportábamos a toda América Latina y Europa.

Promesa fue evolucionando al compás de las fluctuaciones de la economía nacional, alternando épocas de crecimiento con otras de dificultades. Tuvimos tiempos complicados en los días de Martínez de Hoz. Estábamos endeudados y nuestra facturación se derrumbó por la competencia externa.

Pero siempre tuvimos trabajo, incluso en el 2001. Mientras la industria nacional padecía la peor debacle de su historia, nosotros sentimos el golpe, pero seguimos adelante.

Promesa S.A., hoy

Actualmente, Promesa es una empresa con la producción perfectamente integrada, que incluye actividades de forjado, mecanizado, y tratamientos térmicos. Tenemos un control total del proceso de fabricación y de aseguramiento de la calidad.

En nuestras plantas de Capital y Ciudadela, cien empleados fabrican diversos componentes para la industria automotriz y el mercado de reposición. Fieles a la estrategia que fijamos algunas décadas atrás, seguimos trabajando en el fortalecimiento de nuestro propio producto, sin dejar de atender a las grandes terminales. Nuestras piezas se exportan a distintos países de América Latina, Europa y los Estados Unidos.

Desde 1997, nuestro Sistema de Gestión de la Calidad está certificado por la norma ISO 9001:2008. Pero ya teníamos un concepto de calidad de producto y un sistema de aseguramiento interno desde mucho antes que empezaran a implementarse las normas ISO. Nuestros componentes nunca fueron los más baratos del mercado. Pero los clientes siempre nos eligieron y lo siguen haciendo. Saben que la calidad vale.

Compromiso con la gente

La clave del éxito de nuestro sistema de calidad es nuestra gente. Promesa cuenta con colaboradores de gran capacidad y experiencia. Si estamos cerca de cumplir ochenta años haciendo industria, es porque siempre hemos valorado a las personas. Las empresas están para generar utilidades, pero también deben

cumplir una función social. Nuestra gente cobra buenos salarios y es tratada con dignidad.

La nuestra, es una organización de puertas abiertas. Lo fundamental es que los trabajadores se sientan cómodos. Al fin y al cabo, pasamos más tiempo en el trabajo que con nuestras familias.

Don Julián siempre decía que un negocio comienza en la cabeza, sigue con el corazón, y sólo al final llega al bolsillo. Si uno empieza al revés, y quiere construir todo a partir del bolsillo, no conseguirá su objetivo. La calidad se construye con tecnología de punta, creatividad y gente motivada. Sólo después de tener estas premisas aseguradas, se puede empezar a pensar en las utilidades.

Gremialismo empresario

Además de mi trabajo como industrial, realizo actividades de gremialismo empresario dentro de Grupo Proa, que nuclea a fabricantes autopartistas. Es una cámara formada por gente joven y con ganas de hacer cosas, que trabaja, entre otros objetivos, por una mayor integración de autopartes locales, buscando el equilibrio en la Balanza Comercial.

Los cargos directivos de Proa están ocupados por personas que pertenecen a empresas no importadoras, gente que apuesta por la producción nacional. Desde Proa, participamos en ADIMRA, nuestra entidad madre, un ejemplo de compromiso con el crecimiento de la producción argentina y la defensa de los intereses industriales.

El legado

Me casé con Sylvia, una descendiente de irlandeses, con quien tuve dos hijos. Ellos nos dieron cuatro nietos.

Desde 1986, ejerzo como Presidente de Promesa. Mi hermano Ricardo es el Vicepresidente. En los últimos años, se ha incorporando la tercera generación, que tendrá la responsabilidad de liderar la compañía hacia el futuro. Mis hijos, Julián José y Silvia, son contadores. Julián dirige el Departamento de Finanzas. Silvia, el de Compras. Maximiliano, hijo de Ricardo y también contador, se ocupa del Área de Administración.

Promesa está cerca de cumplir ochenta años de vida. La empresa que fundó aquel inmigrante zamorano dio trabajo y generó riqueza para el país por décadas. Me produce una enorme satisfacción que la segunda generación

haya podido seguir con el legado, construyendo una fábrica sustentable gracias a la incorporación constante de tecnología actualizada, con trabajo, esfuerzo, creatividad, innovación y pasión. Esa es la única forma de mantenerse vigente en una época donde lo único permanente es el cambio.

Don Julián, quien nos dejó hace seis años, nos legó algo más que su experiencia, su ejemplo y sus enseñanzas. Nos transmitió esa fuerza de espíritu que sólo los inmigrantes suelen poseer. Esa fuerza ha marcado el camino de nuestra vida empresaria hasta el presente, y sentimos la obligación de transmitirla e inculcarla a nuestros hijos, nietos y a quienes acepten compartirla. Vaya, entonces, nuestro homenaje a todos los inmigrantes de las distintas colectividades que junto a sus familias, con esfuerzo y trabajo, fueron los que ayudaron a construir nuestro país.

Don Julián era un hombre con profundo sentido humanista y social, y un gran admirador de la República Argentina. Con un profundo cariño y respeto por nuestro país, él repetía:

“La Argentina es mi patria legítima, a quien le debo todo lo que soy, sé y tengo”.

Nosotros, sus descendientes, hacemos nuestras sus palabras y las transmitimos a nuestros herederos.